

Momentos de presencia, escucha, servicio y acción: Claves para la Nueva Evangelización

Comentarios de Misioneros en el Sínodo para la Nueva Evangelización

El siguiente discurso fue presentado por el P. G. Gregory Gay, CM (Superior General de la Congregación de la Misión) delegado al Sínodo para la Nueva Evangelización, en nombre de la Congregación de la Misión, las Hijas de la Caridad, y los miembros de la Familia Vicenciana de todo el mundo.

El documento *Instrumentum Laboris* para la Nueva Evangelización ofrece una verdad central: “Esta tarea de anuncio y proclamación no está reservada sólo a algunos ni a pocos elegidos. Es un don hecho a cada hombre que responde a la llamada de la fe” (IL, # 92).

Esta verdad se hizo viva para mí hace unos treinta años, cuando fui llamado a nuestra misión Vicenciana en la República de Panamá. Experimenté una Iglesia viva, una iglesia que hacía sinceros esfuerzos para adaptar las enseñanzas del Vaticano II a la realidad de la vida en América Latina. La formación de los laicos se llevaba a cabo con los esfuerzos de congregaciones religiosas, clero diocesano y obispos. Al experimentar la Palabra de Dios viva a las Comunidades Cristianas de Base, fui testigo de la entusiasta vivencia de su fe por las gentes sencillas.

Entonces, yo dije: “Esta es la Iglesia de la que deseo formar parte. Esta es la Iglesia imaginada por el Vaticano II”. Fui privilegiado al trabajar durante más de dos décadas en aquella parte del mundo. Tra-bajar colegialmente con obispos, clero diocesano, hombres y mujeres religiosos, y laicos, para conseguir un bien común, en el servicio de la Iglesia y el mundo. Ha sido no sólo la promesa sino también el don del Vaticano II para mí. La Iglesia de América Latina continúa incul-turando el Evangelio, como se puede ver en sus documentos desde

Medellín a Aparecida, este último el más reciente y más citado en este Sínodo. Estos tiempos me han dado energía y vida como misionero perteneciente a una congregación y ahora como su Superior General.

Para proclamar el don de la fe y fortalecer la renovación de la Iglesia, hay que considerar tres momentos de encuentro y dos caminos cruciales para la nueva evangelización.

- **Un momento de presencia:** La presencia tiene dos dimensiones: la primera es esa presencia que llamamos Dios, y la otra es la presencia que encontramos cuando nos abrimos a los otros. Aquellos que Dios pone en nuestro camino revelan la persona de Jesucristo, especialmente los pobres, los marginados y los abandonados. En la Presencia de Dios, conseguimos fuerza para estar presentes a todos los miembros del Cuerpo de Cristo de una forma valiente y profética.

- **Un momento de escucha:** La escucha tiene también dos momentos contemplativos: uno interior y otro exterior. El momento interior se da en la Palabra de Dios, en la Eucaristía, la oración de la Iglesia, y en la experiencia de los pobres. En esta “morada interior” de nuestra alma, acogemos la persona de Jesús que entra en el silencio de nuestros corazones para acompañarnos en nuestro camino diario. Esto nos lleva a espacios de relación más profunda con el mundo y entre nosotros. Antes de enseñar y predicar, tenemos que escuchar.

- **Un momento de servicio:** La presencia y la escucha permiten que la gracia de Dios nos guíe hasta el servicio. La Nueva Evangelización hace surgir en nosotros y nos une con un elemento duradero de nuestra fe: amor de Dios y servicio del prójimo. “Que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn. 13,34). El servicio en nombre de Jesús es acción y promoción, no sólo en nombre de los pobres, sino juntamente con los pobres. En el crisol de servicio, la Iglesia encuentra su verdadera identidad y salvación.

- **Un camino para el servicio por virtud:** Evangelizamos cuando entramos en el mundo de los pobres, y crecemos en las virtudes de humildad, sencillez, caridad y justicia. Esto está en el corazón de nuestra herencia Vicenciana. La opción preferencial por los pobres es fundamental para la nueva evangelización. En la experiencia de la comunidad, hacemos visible y creíble la persona de Jesús, promoviendo una civilización del amor. Al vivir estas virtudes, nos acercamos a Dios, entre nosotros, y a los pobres, nuestros señores y maestros.

- **Un camino para la acción:** Con el amor a Dios y al pobre que representa a su Hijo Jesús, podemos realizar la nueva evangelización por las misiones populares renovadas. Colaborando con los religiosos, el clero y el laicado, evangelizamos con la presencia, escuchando, y sirviendo al estilo de Jesucristo, el primer evangelizador. Siguiendo los caminos de la virtud, la acción y la promoción, no sólo predicamos y enseñamos la Buena Nueva, sino que nos hacemos Buena Noticia para el mundo. Las palabras de Jesús al joven curado nos sonarán también

verdaderas para nosotros: “Vete a tu casa y a los tuyos y cuéntales cuanto el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido misericordia de ti” (Mc. 5,19).

En este Sínodo, confío humildemente estos pensamientos y nuestros esfuerzos a Jesucristo, Evangelizador de los pobres, y a María, Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa.

16 de octubre de 2012

S.E.R. Mons. Markos Ghebremedhin, CM, Obispo titular de Gummi de Proconsolare, Vicario Apostólico de Jimma-Bonga (Etiopía).

El programa de preparación y educación de los catequistas en varias diócesis debe ser revitalizado, revisado y planeado con objeto de preparar a los catequistas para su ministerio particular en la Iglesia. El Despacho Catequístico debe ser reconocido e instituido como un ministerio estable con lugar permanente en la Iglesia local.

El Catecismo de la Iglesia Católica sigue siendo difícilmente comprensible para muchos fieles; es necesario simplificarlo, publicando también versiones simplificadas en varios idiomas locales. La catequesis debe formar parte de la formación continua, para que se cambie la idea pesimista de que el catecismo es sólo para los niños.

Los programas catequísticos deben plantearse según los distintos grupos de edad de los fieles, y hay que hacerlo atractivo a los mismos. El material para la catequesis debe ser adecuado para cada grupo de edad. Los centros de formación pastoral deben perfeccionarse, intensificando el desarrollo de los distintos métodos de ayuda para todos los que participan en la catequesis. Es necesaria la participación de los padres, padrinos y la comunidad cristiana en la preparación de los niños a los sacramentos.

La Iglesia necesita reafirmar el papel irremplazable de los catequistas en la Iglesia, equipándolos con recursos para que sean ministros eficaces de la Nueva Evangelización. Se les deben ofrecer los recursos necesarios para que mantengan a sus familias y, también, para que entiendan su papel dentro de la Iglesia como vocación. En este gran momento de renovación en la proclamación y transmisión de la fe, una decisión de este tipo sería de gran apoyo y ayuda en la nueva evangelización a la que nos llama la Iglesia.

18 de octubre de 2012

S.E.R. Mons. Berhaneyesus Demerew Souraphiel, CM,
Arzobispo Metropolitano de Addis Abeba, Presidente de la
Conferencia Episcopal de Etiopía y Eritrea, Presidente del
Consejo de la Iglesia Etiope (Etiopía).

Las Pequeñas Comunidades Cristianas, establecidas como la presencia más local de la Iglesia Católica Universal, comparten esta misión. Las Pequeñas Comunidades Cristianas proporcionan un contexto pastoral ideal para establecer y desarrollar los ministerios laicales. Una de las diferencias más significativas entre las Asociaciones Católicas tradicionales y las Pequeñas Comunidades Cristianas reside en la orientación apostólica de las últimas.

Las Pequeñas Comunidades Cristianas no están construidas sobre la santidad personal de sus miembros, sino sobre su disponibilidad humilde y su fidelidad a la misión apostólica; la santidad personal es un requisito y una consecuencia de la misión, no su propósito final. Las Pequeñas Comunidades Cristianas tienen una espiritualidad apostólica esencial orientada hacia la misión. Sin ésta, las Pequeñas Comunidades Cristianas, como también la Iglesia universal, serían infieles a la verdadera vocación fundamental de ser testigos del Evangelio. Esta misión se convierte en una realidad concreta con el establecimiento de ministerios laicales que deben ejercerse en el área restringida de la comunidad.

Los Ministerios Laicales, por lo tanto, no deben concebirse como un accesorio o como unas actividades opcionales de las Pequeñas Comunidades Cristianas para aligerar el trabajo del sacerdote. Son una parte integrante de su vida y su crecimiento, y cuando los ministerios disminuyen, toda la vida de la comunidad disminuye. La experiencia nos ha demostrado suficientemente que las asociaciones religiosas centradas sólo en la oración y la devoción pueden convertirse en una especie de club espiritual exclusivo para miembros santos, o más fieles a los detalles minuciosos prescritos en el librito escrito por su fundador que a las peticiones de Jesús en el Evangelio.

Este campo es amplio y está abierto a la creatividad pastoral. Sin embargo, cuando se establecen nuevos ministerios laicales, se debe observar el diálogo, la consulta y la comunión con el Obispo local y llevar a cabo periódicamente evaluaciones para que un número variado de ministerios laicales no se realicen sin una visión común y unas directrices pastorales, lo que crearía desconcierto y confusión entre el pueblo de Dios.

Este es el reto más grande de la nueva evangelización. A pesar de que es necesaria una reeducación importante de nuestros cristianos en el campo de los ministerios laicales, ciertamente no serán ellos lo que presenten objeciones y resistencia. Los cristianos están impacien-

tes por participar de una manera más activa en la vida y el crecimiento de la Iglesia.

15 de octubre de 2012

***S.E.R. Mons. Cristoforo Palmieri, CM, Obispo de Rrëshen
(Albania).***

La evangelización, como primer anuncio para quien en Albania había nacido y crecido sin haber sabido nunca nada acerca de Dios, o como mucho había visto algún gesto cristiano que hacían a escondidas los ancianos, o la evangelización para con los hermanos musulmanes que tenían y siguen teniendo raíces cristianas, y que se muestran abiertos al anuncio, se revelaba y se revela urgente y grave, más que nunca y más que en otras partes.

Por esto, de este Sínodo esperamos las indicaciones que nos estimulen y nuevos métodos para sentirnos impulsados y comprometidos a predicar en el momento oportuno y no oportuno, con el amor y los sacrificios que se requieren también por causa de las dificultades de circulación, por la dispersión geográfica de la población que dificulta los encuentros y las agregaciones, además que por la pobreza misma de la población.

La mies no es poca, es más, en parte ya está lista, pero faltan para cosecharla obreros diligentes e instruidos, capaces de sacrificio, más cercanos al pueblo, y sólo por amor y con amor, ya sean locales o un don de otras iglesias hermanas. Las enseñanzas del Concilio Vaticano II, que sólo 50 años después de su celebración se nos entregarán en albanés, esperemos que aporten más familiaridad también con la palabra de la Iglesia. Que nos sostenga la oración de cuantos entre nosotros quieren hacerse cargo también de nuestros problemas.

Que la sangre de los mártires asesinados durante el régimen comunista, para cuarenta de los cuales el proceso de beatificación avanza en la Congregación para las causas de los Santos, sea también para nosotros en Albania: despertar de vida cristiana, deseo de que sean más profundas, iluminadas y convencidas las razones de la fe, a fin de colmar el vacío que crearon los años de la dictadura; que nos haga misiosos para con quienes están alejados.

Que toda la Iglesia pueda, y quienes son más responsables delante de Dios y del anuncio del Evangelio, ver pronto el nacimiento de una nueva humanidad, de un hombre nuevo, ciertamente no como el que presumía de crear la dictadura comunista, es decir, un hombre sin Dios, sin Iglesia y, por tanto, completamente inconsistente en sí mismo, sino del creado según Dios en la justicia y la santidad.

16 de octubre de 2012

***Rev.do P. Emmanuel Typamm, CM, Secretario General de la
"Confédération des Conférences des Supérieurs Majeurs d'Afrique
et de Madagascar" - CO.S.M.A.M. (Camerún).***

Para transmitir hoy Cristo al mundo, las personas consagradas deben hacer una nueva lectura de su vida. Es verdad que transmitimos, más o menos fielmente, a Cristo y su Evangelio, pero las nuevas pobrezas de nuestro mundo globalizado nos obligan a adoptar unas nuevas líneas de conducta para transmitir a Cristo.

La experiencia que vivimos en la COSMAM (Confederación de las Conferencias de los Superiores Mayores de África y Madagascar), en el continente africano, nos lleva a decir que, hoy, para comunicar con alegría la fe cristiana y construir una civilización del amor, es necesario que nosotros, personas consagradas, redescubramos algunos elementos fundamentales de nuestra consagración. Deseo enumerar siete:

1. La centralidad de Cristo en nuestra vida de consagrado
2. La vida fraterna en comunidad
3. Una espiritualidad inculturada
4. El profetismo de la vida consagrada a través de la opción preferencial por los pobres
5. La colaboración entre las personas consagradas
6. La unidad en la diversidad y no en la uniformidad
7. La colaboración con los laicos

Como dicen algunos fundadores de nuestros institutos, los pobres son nuestros maestros y señores. ¿No deberíamos dejar de tener miedo? ¿No deberíamos abrir de par en par las puertas de nuestros corazones al Espíritu de Pentecostés y dar nuestra vida a los pobres de hoy para preservar la paz en el mundo? "No se vacía nunca la olla por la noche", este proverbio africano nos indica la conducta que hay que seguir: la de organizarnos de manera que siempre tengamos algo en la reserva para dárselo a los pobres. ¿No sería un testimonio contra la evangelización no tener nada para dar a un pobre que lo necesita verdaderamente y que nos tiende la mano?

Si la familia sigue siendo un lugar privilegiado para el anuncio del Evangelio, es tiempo de que nos preparemos, consagrados y laicos, para ponernos al servicio de unos y otros, cada uno con sus propios talentos; esto nos ayudará a nosotros, consagrados, a no caer en la tentación de creernos superiores a los demás en la Iglesia de Cristo que es Iglesia-familia.